

¡HOMBRE AL AGUA!

Hago mi crucero, ciego y solitario
por rutas marinas de lodo y de hiel.

Mi débil barquilla gira y se estremece
ante el oleaje de mi anochecer.

Si elevo mi espíritu pensando en el puerto
—en el sufrimiento—que detrás dejé,
caigo de rodillas bajo los dolores
que ofrece a mi alma el puerto que ve.

Se pasan los días, los meses, los años.
Todo es pasajero. Mi dolor no lo es.
¡Oh, la primavera pintada y riente
y el fuerte verano, de ardores y sed:
y el otoño dulce, callado, aquietante;
y el invierno helado, falaz y cruel.

Adiós, estaciones que huís presurosas
y os lleváis cada una algo de mi ser.

Todas me dejasteis. Pero no estoy solo.
Quedaron conmigo mi angustia y mi fe.

En tanto, prosigo mi duro crucero
por rutas marinas de lodo y de hiel.

Gira y se estremece mi frágil barquilla.

De angustia mi pecho piensa fallecer.

Soy un pasajero. ¡Todo es pasajero!

Pasan días, meses y años en tropel.

Se pasan aromas, colores y trinos.

¡Tan sólo mi pena perenne ha de ser!

RAFAEL GONZALEZ CASTELL

PÓRTICO (1)



No sé hasta que punto está justificada mi intervención en este acto. Dentro de unos instantes oiréis decir sus versos a cuatro poetas extremeños. Las presentaciones son necesarias entre personas que no se conocen; pero aquí no se da tal circunstancia. ¿Acaso no son archiconocidos y estimados de vosotros don Juan Luis Cordero, D. Fernando Bravo y Bravo, D. José Canal y don Jesús Delgado Valhondo, que son los cuatro poetas que os van a deleitar y emocionar con la lectura de sus composiciones líricas? Habéis leído, sin duda alguna, sus libros o sus trabajos en prosa o en verso, en la prensa regional y muy principalmente en la revista *Alcántara*, cuyas páginas honraron muchas veces con su colaboración. Y doy por seguro también que les oísteis con la delectación y aprovechamiento—pues la poesía siempre enseña, como todas las artes, ya que la belleza, su único fin, es profundamente educativa—, en cuantas ocasiones leyeron o recitaron sus versos por la Radio. Que huelga la presentación es verdad que nadie podrá rebatir fácilmente. Pero mis excusas en este sentido no fueron atendidas, y como nunca fuí capaz de negarme a ningún requerimiento que tuviera alguna relación con la literatura—terrible sarampión del que no he sanado aún ni sanaré—aquí me tenéis realizando un menester que no es tal menester, pero que me brinda la oportunidad de hablar en público de unos queridos compañeros de letras y de hacer, si me lo permitis, algunas consideraciones generales sobre tema tan atrayente como la poesía.

Definir es difícil, porque toda definición para que sea buena ha de fundarse en la verdad o aproximarse a ella; y nada hay tan esquivo e inaprehensible como la verdad. Como objeto del entendimiento, nos obsesiona y atrae, como la luz a la mariposa o el polo magnético a la brújula. Mas qué difícil es atraparla, poseerla y encerrarla por último en el pomo ideal de una proposición. Por otra parte, a la poesía la presentan, sobre todo en nuestros días, como algo inasequible a toda palabra definidora, como algo inefable, etéreo y fugitivo, que si se siente, no se explica.

Pongamos las cosas en su sitio. Todo cuanto es trascendental, cuanto se empuja y destaca en el mundo del conocimiento: la materia, el espacio, el tiempo, el origen del Universo, la gravedad, son

(1) Trabajo leído por su autor en el acto poético celebrado el día 7 de Diciembre de 1955 en la Casa de la Cultura, de Cáceres.

cosas cuya apariencia se nos da, pero cuyo ser íntimo se nos escapa. Muy de tarde en tarde y después de muchas tentativas fracasadas, de grandes esfuerzos de nuestro espíritu analítico, de tejer y destejer las más sutiles lucubraciones, conseguimos desvelar un misterio. Sin embargo, este desconsolador estado del hombre respecto de lo que no conoce y quiere conocer, no da por descontada la posibilidad de descubrir la naturaleza de las cosas. De aquí que no renuncie nadie que esté provisto de la debida curiosidad intelectual a intentar resolver cuantos problemas tenemos planteados, de cualquier orden que sean. Y por eso abundan las definiciones, que son algo así como la coronación del quehacer emprendido o, al menos, como un atisbo o percepción parcial de lo verdadero.

En este trafagar de la mente por fijar bien las ideas y elaborar conceptos, se llega a algunas síntesis o concreciones precipitadas. La poesía es comunicación, afirman algunos críticos de la última hornada. Y nos dicen esto con el mismo candor primitivo con que se compusieron las *Cantigas* de Altonso, el *Sabio* y los *Milagros* de Gonzalo de Berceo. Sin embargo, tenemos que reconocer que no hay la menor originalidad en tales palabras. Ya en el siglo XIX, Augusto Comte, el autor del *Catecismo positivista* había afirmado algo semejante. Pero si la poesía es comunicación, también lo es la filosofía, y la moral, y las ciencias cosmológicas, y la gramática, y el Derecho civil, en cuanto los filósofos, moralistas, cosmólogos, gramáticos y tratadistas «comunican» sus ideas, conocimientos y experiencias a los demás.

Si no se establece la comunicación afectiva o mental, según la índole de nuestra actividad, entre el que escribe y el que lee, o entre el que habla y el que escucha, no se cumple íntegramente la pretensión del primero respecto del segundo, de emocionar o de enseñar.

Los poetas lanzan su «mensaje» y los filósofos, moralistas, etc., el suyo. Difieren los contenidos y acaso las personas que nos oyen o nos leen, pero la comunicación existirá en cualquiera de estos casos, pues son muy raras las actividades mentales o afectivas que no trasciendan de la propia mente o del propio corazón. Escribimos o hablamos—repito—para que se nos lea o se nos oiga. La comunicación de las ideas y de los afectos es el vínculo que ata entre sí más fuertemente a los hombres.

Y además de las comunicaciones ya mencionadas, existen otras, como las postales, las telegráficas, telefónicas, inalámbricas: por carretera, ferrocarril, etc., y por último las comunicaciones que se ponen todos los días en las oficinas del Estado, de la Provincia o del Municipio. ¡Verdaderamente que no se ve por ninguna parte la agudeza y novedad de tal definición!

La poesía es un mensaje, aseguran otros. En el fondo esta definición y la anterior comentada, vienen a ser lo mismo. Poesía es la esencia del todo. Quizás sea excesivamente presuntuosa tal manera de definirla, si en vez de referirnos a la poesía en general, como veremos después, aludimos a las ideas y sentimientos expuestos en forma rítmica, pues no todos los versos son poéticos.

Si tuviera tiempo y no temiera fatigaros, iría trayendo a vuestro conocimiento o haciéndoos recordar otras pretensiones análogas de definir la poesía. Rara es la revista literaria que no aporta al nutrido acervo de la estética actual una definición respecto de la íntima naturaleza de esa multitud de testimonios o ejemplos líricos que contiene sus páginas. Parece como si hubiera un acuciente deseo de mostrar a los demás el substrato e incluso transfondo de una verdad, como la poesía, que según ellos se siente mas no se explica. Tal actitud constituye la más dilacerante contradicción.

No voy yo a definir, admitidas estas dificultades, la poesía. Sería una petulancia imperdonable intentar hacer tal cosa. Me limitaré a formular unas simples consideraciones, que aunque no resuelvan la cuestión, la iluminen al menos.

La palabra «poesía» procede etimológicamente de la griega *poiesis* (ποίησις), que quiere decir crear. De aquí que en sentido lato, el primer poeta, entre todos, sea Dios, ya que concibió y ejecutó el poema más hermoso y sublime de todos los poemas: el Universo. En este poema admirable—admirable porque es un dechado de perfección dada la finalidad que persiguió Dios al crearlo, pero no el más perfecto o perfectísimo de cuantos pudo concebir y ejecutar (1)—están encerrados todos los demás; y por sólo este hecho de ser lo primero contenido y lo segundo contenido, veremos también la superior magnitud de la Creación respecto de todas las cosas creadas después.

Fuera del ámbito infinito de la mente divina en la que se elaboró el maravilloso plan de la Creación y donde se hallan los arquetipos de todas las cosas,—*quae in divina intelligentia continentur*—la facultad humana de concebir y ejecutar se extendió a los órdenes más diversos, sin que tales modos de obrar quedasen excluidos, en razón a la variedad de naturaleza, del concepto universal de poesía. Poesía es la *Iliada*, de Homero, y el sistema filosófico de Hegel, y el *Quijote*, y el Júpiter o la Minerva de Fidias, y *Los Borrachos*, de Velázquez, y la *Sinfonía alpina* o el *Don Juan*, de Straus. Todo esto no es más que el producto de una alianza de la mente y del corazón humanos. Lo mismo se crea cuando levantamos las hermosas construcciones del arte, en cualquiera de sus modalidades, como cuando damos forma orgánica a una serie de ideas filosóficas. Crear es dar algo nuestro a los demás; algo que está en los entresijos del ser, como el hijo en el claustro materno. Cada una de estas operaciones de la conciencia estética—construyéndonos ahora a nuestro principal objeto—entraña una donación. De aquí el nombre de artes liberales, no solamente para distinguirlas de las serviles, sino también por su liberalidad, porque suponen una entrega o regalo de la mente y del sentimiento. Un poeta, un pintor, un músico es un donante de su propio caudal. ¡Qué lástima que no sea siempre legítima la moneda que acuña!

Realiza un acto creador Júpiter, cuando de punta en blanco y ar-

(1) Santo Tomás.

mada de los pies a la cabeza, se saca de la suya a Minerva. Y si os pareciese este ejemplo, por lo fabuloso que es, de menos fuerza demostrativa, realiza otro acto creador, sublime por su origen y transcendencia, la Virgen María dando al mundo al Hijo de Dios. Todas estas maneras de obrar son poéticas, con la natural gradación jerárquica según los elementos míticos o religiosos, de la mente o del corazón, cuando no ambas cosas a la vez, que intervienen en cada acto.

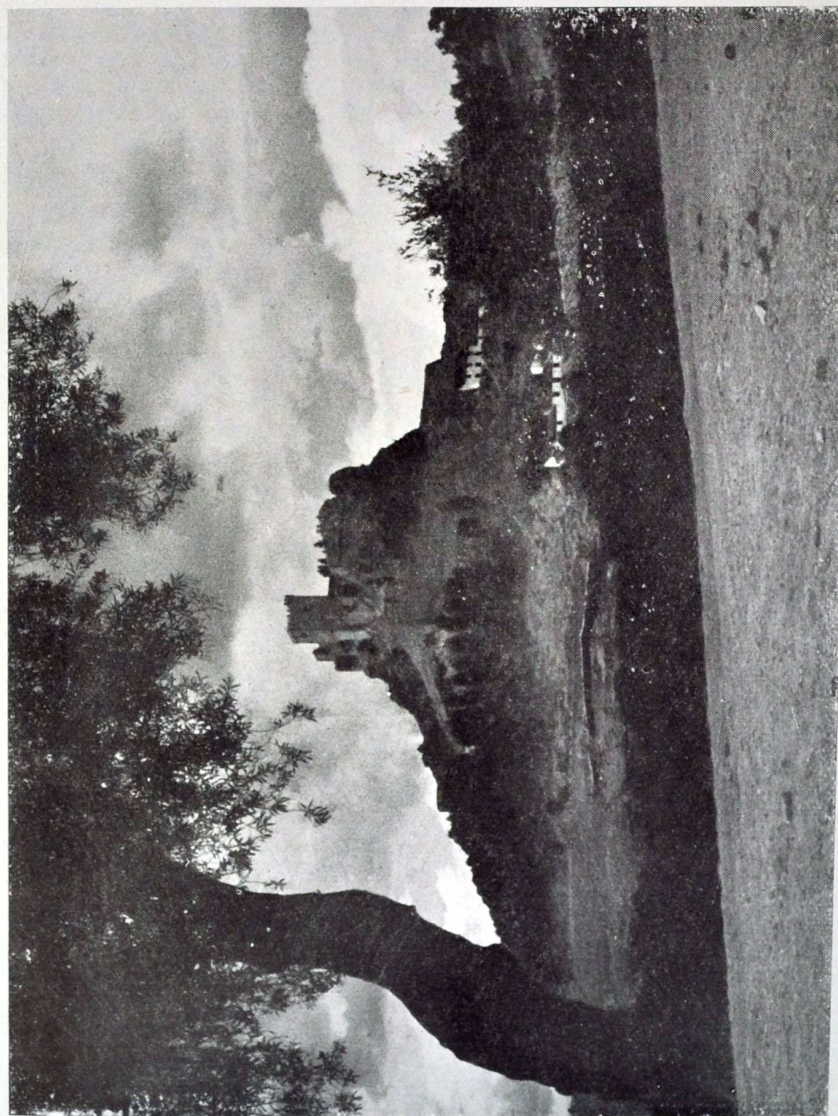
Pero la universalidad del concepto que venimos estudiando amengua y se restringe cuando la función creadora se configura dentro de determinados límites. Poesía sigue siendo el acto de crear, la acción mediante la cual nos desdoblamos; mas es una acción que adopta ciertos cánones o preceptos en virtud de los cuales se especifica el acto creador: un poema, una estatua, una sinfonía, una novela. Y como no es poético todo acto creador, ya que esta cualidad proviene de la carga o bagaje que nuestro espíritu ponga en la cosa creada, podemos haber dado un salto inmenso: pasar de la poesía, de esa poesía cuyo sentido ecuménico he intentado desentrañar, a las poesías, es decir, a la poesía con s al final—por referirme concretamente, repito, a lo que es objeto de este trabajo—y tal s puede no afectar lo más mínimo a la singularidad intrínseca del vocablo o reducirlo a la más mínima expresión.

Descartes, en el orden científico, se adelantó a esta distinción al considerar la diferencia que hay entre la matemática y las matemáticas. La s final da un sentido restrictivo a tal disciplina (1).

Ahora esta forma del arte tiene un molde o troquel. La mente y el corazón, la primera en cuanto elaboradora de ideas y conceptos, y el segundo, como fuente de lo afectivo y emocional han de someterse a ciertas dificultades de ejecución. El verso, que es el elemento integrante de la poesía, del poema, se constriñe o se dilata desde las dos sílabas—no hay verso de una sílaba en razón a que todo monosílabo, por su condición de voz aguda se desdobra métricamente en dos sílabas,—hasta el alexandrino, o incluso otros «ultrapolisílabos» ensayados con más o menos fortuna desde Rubén Darío a nuestros poetas de hoy. Y al metro hay que añadir la rima, el acento—alma del verso el ritmo, la cesura, la musicalidad, que nace del sabio empleo de las palabras, según su morfología, es decir, de saber utilizar las vocales y consonantes para que el verso suene bien, armoniosamente, pues las repeticiones inmediatas de tales elementos, fuera de determinados casos, por ejemplo, cuando se busca un sentido onomatopéyico más afean y perjudican que benefician y embellecen. Unid a esto la imagen, la comparación, la metáfora, etc., y quedan mencionados, con la brevedad impuesta por el tiempo de que dispongo, los factores principales de la poesía con s, esto es, de las poesías.

No estará demás una aclaración, pues hay que andarse con pies

(1) Véase la *Historia de la matemática*, de J. Rey Pastor y J. Babini (Buenos Aires, 1951) pág. 198.



ALBUM EXTREMEÑO. — Castillo de Alburquerque (Badajoz). Foto Olivenza

de plomo en cuanto atañe a esta modalidad ejemplar del arte literario. La poesía en el sentido lato a que acabo de referirme, no surge del uso tan sólo de los elementos enumerados, ni de la observancia de ciertas reglas, sino de la potencia creadora del vate: de su fantasía, de su afectividad, del vigor de su pensamiento, de su entusiasmo lírico, juntamente con los factores externos del poema. Las reglas son las dificultades que han de vencerse al forjar el verso. Tales dificultades ceden al impulso creador del poeta, como la dureza del hierro a la tremenda temperatura de la fragua.

El anhelo metafísico del hombre es ir más allá de donde está. Impulso soberano que le lleva, en la teología a lo sobrenatural, no con las fuerzas del propio discurso, de la *ratio*, sino por virtud de la fe y de la gracia. La razón es un instrumento coadyuvante, pero no decisivo. En el orden científico a crear una Aritmética trasfinita y una Geometría que ha dejado muy atrás el espacio físico, primero, y después el intuitivo, para moverse ahora en el espacio abstracto de *n* dimensiones; y en el mundo de la poesía el hombre rompe las entrañas de las cosas - de las cosas líricas, naturalmente, - y canaliza en el verso el caudal que mana de cada una. Todo es lo mismo, aunque adopte distinto rostro: un ansia incontenible de ir más allá de donde estamos.

Pero...

Poesía es todo verso que cumple su destino.
¡Hay tantos que se quedan a mitad de camino!

Hoy se abusa del verso libre—no hay otro más difícil de componer, ya que la falta de rima exige la presencia depurada en tal verso de otros elementos, como el ritmo, el acento, la armonía, etc.—, e incluso se escriben poesías que sabemos que quieren serlo, no que lo son, porque se observan, al ser dadas a la luz, las mismas características tipográficas del verso tradicional. (1)

¡Qué lástima que la falta de tiempo y mi temor de fatigaros no me consientan decir algo del subconsciente hemisferio oscuro del alma descubierta por Freud—tan traído y llevado por una gran parte de nuestros poetas más flamantes de las últimas hornadas; del trastrueque de los sentidos: atribuir al nervio óptico lo que es privativo del auditivo, y al revés: *sinestesia* ya empleada por Baudelaire en su soneto *Correspondencias*; de la degeneración del gusto, propia de un indisculpable olvido de la filosofía de lo bello, como por ejemplo aquel otro soneto dedicado al cubo de la basura: que por muchos esfuerzos que hagamos por convertirlo en objeto del arte, nunca podrá desprenderse de su servil naturaleza; de los altibajos de la inspiración; de la oscuridad de algunas ideas o barruntos de ideas, que confunde al lector y le desanima—no todos los lectores

(1) Adoptaron el endecasílabo libre y vencieron generalmente sus dificultades: Shakespeare, Milton, Parini, Monti, Alfieri, Nicolini, Foscolo, Manzoni, Moratin, el hijo, Jovellanos, etc. D. José Joaquín de Mora abominó o poco menos de este verso, justamente reivindicado por Valera. Véase *La poesía lírica y épica en la España del siglo XIX* (Madrid, 1912) tº I, pág. 83.

son zahoríes —; de lo barroco de la estructura íntima del poema y de su forma; de la falta de propiedad y exactitud del lenguaje, y como observó Balmes muy juiciosamente, «no puede darse a entender quien no se entiende a sí propio»; en fin, de las extravagancias, excentricidades y desvaríos a que tan dados son hoy los continuadores en el tejer y destejer de la belleza, de Licofrón, Marino, Lily, Ronsard, el Góngora de las *Soledades* y el *Polifemo*, Mallarmé, Apollinaire...

Nunca ha habido un desorden en la literatura y en el arte mayor que el que hoy vemos. Nunca tampoco como ahora han existido tantos poetas y revistas dedicadas a publicar sus versos. Los movimientos literarios más ricos y fecundos nada representan, al menos en cuanto a la cantidad se refiere, si se los compara con esta espléndida floración numérica de nuestros días. Todos creemos llevar un poeta dentro de nosotros, y nadie renuncia, cualquiera que sea su lírica calidad, a sacárselo de la cabeza y del corazón.

No hace mucho me ocurrió un sucedido que no carece de gracia. Al menos eso me parece a mí. Estaba en el despacho. Llevaba varios días leyendo versos de poetas creacionistas, surrealistas y «puristas», es decir, los que cultivan la llamada poesía pura. Había echado siete cerrojos, como al sepulcro del Cid, a mis predilectos: Leopardi Heine, Byron, Chenier, Musset, Carducci, nuestros clásicos, Machado... y estaba un poco fatigado de andar entre aquella abundantísima mies, donde de tarde en tarde aparecían algunas doradas y enhiestas espigas. De pronto abren la puerta y entra en el despacho uno de mis hijos.

—Papá —exclama— ¿quieres decirme un consonante de luna?

—Sí, hijo mío —le contesté un poco sarcásticamente— Aceituna.

Era lo que nos faltaba. Yo aficionado a hacer versos. Mi mujer también, y ahora un hijo. Sí, era lo que nos faltaba para que cualquier espíritu burlón, con ribetes de erudito, llamase a mi casa la «Academia del Mirto».

No comparto las actuales teorías estéticas, dicho sea con la honradez con que, lo mismo en estas actividades literarias como en cualesquiera otras, hay que proceder siempre. Adscrito a una generación literaria cuyas ideas y sentimientos estaban más conformes con el concepto que tengo yo del arte, siento desgana, cuando no enojo, por las extravagancias e incluso aberraciones con que una buena parte de los artistas de hoy realizan sus obras. Obvio será decir que en la precedente denominación genérica incluyo a poetas, pintores, músicos y novelistas. El arte no es agua estancada, sino agua que corre. Las formas que adopte la belleza para manifestarse no tienen que ser siempre las mismas. Forjar nuevos ideales estéticos y cumplirlos; crear una técnica que se beneficie de cuantos elementos pone la civilización en nuestras manos; atemperar el espíritu creador a las exigencias de la vida moderna, es un quehacer legítimo y plausible. Todo impulso que nos lleve a mejorar nuestras obras será no sólo bueno, sino excelente. Buscar la originalidad, no en las ideas, que es difícil, aunque sería lo más estimable, sino en la

forma de exteriorizarlas o en algún aspecto o matiz de ellas inadvertidos hasta el presente, fué y será empeño inexcusable de toda actividad intelectual. El hombre debe aspirar siempre a superarse, porque cualquier logro, como el horizonte sensible, no es una meta definitiva. Pero si se me presenta como testimonio de tales conquistas el retorno a las esculturas del Congo o del Dahomey, o a los ídolos de la civilización nurágica, dudaré del valor de estas consecuciones. Cuanto más nos separemos de los caracteres verdaderos de las cosas, del semblante propio de cada una, más extrañarán e incluso disgustarán nuestras obras. El principio aristotélico de la imitación —la *mimesis*,— no fué una especulación más o menos certera, sino un hecho comprobado por una larga tradición del arte. Quien crea que la imitación consiste en reproducir las cosas con una exactitud casi fotográfica, (la famosa vaca de Mirón o el Pablo III de Ticiano, por no citar sino los ejemplos más usados en análogos trances de controversia) es que no ha leído a Aristóteles, ni a Platón, o que olvidó prestamente las doctrinas estéticas de tales pensadores. Los objetos pueden ser imitados de tres maneras: «como son, como se dice o parece que son, y como deben ser». En esta última forma hay un ancho margen para idealizarlos.

No me explico a un teólogo de hoy intentando restablecer las antiguas cosmogonías míticas; ni a los hombres de ciencia volviendo los ojos a la magia, la alquimia o la astrología de la Edad Media. Como no me imagino tampoco a un artista andando hacia atrás. Andando hacia atrás en busca de un modelo, por lo primitivo y rudimentario, tan lejos de la perfección artística.

Se me podrá argüir que el Renacimiento fué un andar hacia atrás, pero es que las obras clásicas de Grecia y Roma constituían aún una meta ideal; a no ser que se me demuestre que Fidias y Praxiteles habían sido ya superados; que la poesía épica había sobrepasado a la *Iliada* y la *Eneida*; y avanzando más en el tiempo, que los trágicos franceses del XVII y XVIII: Corneille, Racine y mucho menos Voltaire, habían aventajado a Esquilo, Sófocles y Eurípides; ni incluso Molière a Aristófanes y Plauto.

Perdonadme que haya tenido que decir tantos nombres, pero necesitaba objetivar y personalizar bien mi pensamiento.

El mal más dañoso de nuestro tiempo es la falta casi absoluta de una crítica solvente. Olvidados o preteridos los estudios clásicos; ingrátida la conciencia de escritores y artistas por esta ausencia de antecedentes culturales, de tradición humanística, la desorientación respecto de toda norma o doctrinal estético había de producirse fatalmente. Por mucho que miro en torno mío para ver quienes son los que en estos días sustituyen a Macaulay, Carlyle, Taine, Burckardt, Sainte-Beuve, Brandes, Valera y Menéndez y Pelayo a pocos descubro que quieten mi desasosiego. Y mientras no haya una crítica juiciosa, sabia, de responsabilidad no puesta en duda, difícil nos será salir de estos atolladeros estéticos. Los Argonautas llegaron a la Cólchida, porque Tifis, que llevaba el timón de la nave, era un excelente piloto.

En los cuatro poetas cuyas composiciones vais a oír no se da ninguna de las circunstancias negativas de la lírica actual. Quizá dos de ellos, más jóvenes e hijos de su tiempo, denoten algunas concomitancias con las presentes modas literarias. Pero si yo les considero excelentes poetas, no es por eso, sino a pesar de eso.

D. Juan Luis Cordero está bien apegado a la poesía tradicional, a las formas clásicas. Cultiva el soneto, y la silva, y la lira, y el romance, y el terceto, y la quintilla, y la décima. Mide y acentúa bien el verso, porque el oído está siempre vigilante. Maneja con maestría el lenguaje tropológico, sin abusar de él. Carga sus composiciones de lírica resonancia y adopta los temas eternos de la poesía: Dios, el hombre, la Naturaleza; el amor, el dolor y cuantas pasiones nos llevan a las cumbres de la espiritualidad o a los abismos del pecado. También sabe evadirse de estas cárceles doradas para componer deliciosos versos satíricos y burlescos.

D. Fernando Bravo, que por su edad pertenece a otra generación literaria, tiene una honda y ancha vena lírica. Forja el verso sin premiosidad, pero lo piensa y siente bien antes, y lo vuelve al yunque, como mandaba Horacio — *incudi reddere versus* — para apretarlo y embellecerlo. Es audaz en las imágenes, sin caer en la extravagancia. Denota una pulsación fuerte, una sensibilidad muy despierta, una ternura que, soterrada en el corazón, fluye de él como el agua del manantial, fresca y pura. No recarga el verso de excesivo ropaje, pues sabe que las ideas y los afectos, cuando son verdaderos y hondos, tienen bastante con un velo sutil para mostrarse a los demás. Su poesía es sincera, valiente y sencilla. Lo complejo es más propio de la mente que del corazón. El poeta que más nos llega al alma es el que no ignora esta verdad y sabe aprovecharse de ella. La belleza es el imán de la sensibilidad; el arte la realización de la belleza. El que conoce el camino del corazón, que es, como vemos, el de la belleza, no sólo sabe andar, sino dirigirse a su fin propio.

D. José Canal, que acierta a elegir bien los temas de sus versos, tiene buen pulso para esculpirlos. De nada le valdría el saber elegir, — que no todos lo motivos que se nos brindan fuera o dentro de nosotros son noble metal o piedra preciosa —, si no acertase después a darles una forma bella. Cuanto piensa y siente adopta una adecuada elocución. Poderosamente imaginativo trae al verso imágenes atrevidas y comparaciones felices que coadyuvan a la emoción estética. Pero todo con la sobriedad postulada por la poesía pura. La desnudez del verso, la cautela con que administra las galas literarias, es el mejor acierto suyo para que cada poema sea como hiriente saeta que va a clavarse en nuestra sensibilidad.

D. Jesús Delgado es un poeta por cualquier parte que se le mire. Porque el verso le va siempre cantando por dentro y no tiene más que exteriorizarlo, esto es, decirlo en voz alta. La poesía es en él como una prolongación de su propia persona. Todos somos algo poetas o al menos versificadores, si el grado de nuestro lirismo no alcanza nivel muy alto; pero no todos estimamos la poesía como verdadero magisterio, como la actividad más noble y suprema de cuan-

tas nos incumben. ¿Qué mejor elogio puede hacerse de un poeta que el decir que lo es a todas horas? Como artífice del verso sabe medirlo y acentuarlo bien; musicalizarlo no sólo por el ritmo externo de las palabras, sino por la melodía íntima de las ideas y sentimientos. Esta poesía, como enterrada y oculta, que no da la cara siempre y hay pues que buscarla, como esas corrientes de agua que discurren por debajo de tierra, y si no se ven ni se oyen denotan su presencia en cierta frescura del ambiente, del aire que nos rodea, es de la mejor calidad. Poetas íntimos y callados que van devanando la madeja de oro de su vida interior.

Sed ya, pues, todo oídos y perdonadme que para disfrutar del gozo inminente que os espera, haváis tenido que sufrir el enojo de mis torpes palabras.

PEDRO ROMERO MENDOZA



Lea Usted

« ALCANTARA »

y propáguela entre sus amistades.

De este modo contribuirá a difun-

dir, dentro y fuera de nuestra re-

gión, las letras extremeñas.